

Leoncio de Neápolis. *Apología*. Edición crítica con introducción, traducción española y notas a cargo de P. A. Cavallero, T. Fernández, A. Sapere, A. Capboscq, J. Bértola y D. Gutiérrez. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2017, 156 pp. Colección Textos y Estudios n° 21.

Leoncio (Chipre, c. 590-650) fue obispo de Neápolis y un autor muy respetado en su época. Podrá resultar un personaje poco conocido para gran parte del público, pero no para este equipo de investigación de la Universidad de Buenos Aires liderado por el doctor Pablo Cavallero. Sus integrantes han editado y traducido ya tres textos hagiográficos de Leoncio: *Vida de Simeón el loco*, *Vida de Espiridón* y *Vida de Juan el limosnero*. Proyectan ya ocuparse de los dos sermones u homilias que quedan: *Sobre el anciano Simeón en Lucas 2: 22* y *Sobre la fiesta de mesopentecostés*. En este volumen nos traen una obra que ha generado mucha controversia, habitualmente conocida como *Apología* o *Apología contra los judíos*.

Luego del “Prefacio” (p. 7), comienza la “Introducción”, con el primer apartado, “Fuentes del texto” (p. 9-13), a cargo de P. Cavallero. Aquí se presenta la obra y explica el motivo de la dificultad para su edición. La *Apología contra los judíos* está, en realidad, mayormente perdida y sobreviven de ella algunos fragmentos, citados de modo más o menos directo en diferentes obras. Estos fragmentos se agrupan en torno a tres ejes temáticos, lo cual permite organizarlos y reconstruir parcialmente lo que puede haber sido el contenido original. Estos ejes son: el cumplimiento de las profecías, la Encarnación y la iconodulia, es decir, el culto a las imágenes (en realidad, la justificación de su culto en el cristianismo). En este apartado constan prolijamente cada una de las fuentes de las que se rescata el texto (en algún caso, una sola, en otro varias más o menos coincidentes) y la naturaleza de las mismas.

En el apartado “Los contenidos de la controversia” (p. 13 ss.) Cavallero resume, explica y contextualiza los temas teológicos que están

en juego aquí: los conceptos mismos de iconodulia e idolatría y la relación del cristianismo con el judaísmo en esta época de Bizancio.

Resulta particularmente interesante el “Análisis discursivo y argumentativo” (p. 17 ss.), a cargo de Analía Sapere. El análisis retórico, que resulta clarísimo y complejo, ilumina los mecanismos mediante los cuales se construye la posición de Leoncio. Apreciamos así, a partir de todo lo que no se aprecia a simple vista, los supuestos de los que el autor parte y podemos vislumbrar para quién y para qué escribe.

“Algunas consideraciones sobre el uso de la Biblia en la presente *Apología contra los judíos*” (p. 35 ss), continúa, en realidad, el apartado anterior sobre el contenido teológico de la obra. El uso que Leoncio hiciera de los textos bíblicos, particularmente de los veterotestamentarios, no es un tema menor, ya que no existe para ambas religiones en conflicto autoridad superior a la de estos textos. Lo que el autor deja ver claramente es que ya en esa época los criterios de interpretación no eran monolíticos y se aceptaban distintos acercamientos y enfoques.

En el apartado más extenso de la Introducción, “Lengua” (p. 39 ss.), Julián Bértola escribe sobre el registro lingüístico. Retoma lo dicho anteriormente sobre el carácter fragmentario de la obra y se expone en la cuestión de su género. Presenta el complejo contexto que da lugar al aparente oxímoron de una ‘apología contra’ y en ese marco genérico define cuál es el griego utilizado. En un registro minucioso y nutrido de ejemplos, detalla cuáles son las particularidades léxicas de la obra (p. 48 ss.) y las morfológicas (p. 54 ss.). Muestra también los usos sintácticos particulares o que aparecen con una frecuencia llamativa (p. 57 ss.). Finalmente, realiza interesantes comentarios acerca de la fonética del texto (p. 62 ss.), es decir, de su posible pronunciación. Esta oralidad perdida se puede deducir de pequeñas características ortográficas que constan en las variantes de los manuscritos. Si bien es cierto que estas características no figuran en el texto final de esta edición, se consignan por su valor para conocer el estado de la lengua.

Las opciones concretas que se realizaron, con respecto a la fijación del texto, aparecen explicitadas en “Esta edición” (p. 65 ss.) por Pablo Cavallero, Tomás Fernández y Julián Bértola.

“Pretendemos aquí recomponer los tres cuerpos temáticos de la Apología. El primero no ofrece problemas mayores, dada la homogeneidad de la tradición; el segundo tampoco, porque tiene un testimonio único. El tercero es complicado por su tradición.” (p. 65)

Si bien esta edición se basa mayormente en la que Déroche publicó en 1994, no la sigue servilmente y se la contrasta con otras y con el propio criterio de los editores argentinos. En estas páginas se detalla, comenta y fundamenta cada elección. La reedición del mismo Déroche de 2010 no llegó a tiempo para ser incluida en el trabajo sobre el texto, pero sí ha sido leída y comentada para esta “Introducción”.

El “*Conspectus siglorum*” (p. 88-90) es una continuación de la guía para la interpretación del aparato crítico, la cual ya empezó en las últimas páginas del apartado anterior.

La amplísima “Bibliografía” se consigna a partir de la p. 91, comenzando con las “Abreviaturas” utilizadas en las citas y siguiendo con las “Ediciones y estudios”. Sería interesante una subdivisión temática, para apreciar y aprovechar mejor la gran variedad de fuentes y enfoques disciplinarios de las que se nutre esta edición.

Finalmente, encontramos el cuerpo de “Texto, traducción y notas” (p. 104). En las páginas pares aparece el texto griego con el aparato crítico y en cada página impar enfrentada, el texto en español, con abundantes e interesantes notas al pie, las cuales, si bien suponen haber leído la “Introducción”, la exceden. Estas aclaraciones dan cuenta de lo cuidada que ha sido la traducción, la cual es prolífica en detalles a la vez eruditos y originales. Por ejemplo, aluden al hebreo latente en los textos bíblicos citados cuando es necesario (p. 143, n. 51). Pero también figuran algunas opciones del español rioplatense, como traducir *παιδίον νήπιον* por “chiquito” (p. 109 y 113), *παιδίον* por “niñito” (p. 113) o *τὸν θρασύν*, por “corajudo” (p. 113). En la doxología final, se aprecia la versión de la fórmula “*εἰς τοὺς αἰῶνας τῶν αἰώνων*” a “por las eras de las eras”, en lugar de la más común “por los siglos de los siglos”, la cual, en realidad, está teñida de su paso por el latín.

Es insustituible la mirada experta de este grupo de estudiosos que se han dado a la titánica tarea de traducir todo lo que existe actualmente de la producción de Leoncio de Neápolis, porque en el proceso han

desarrollado un grado de familiaridad y *expertise* imposibles de alcanzar mediante cualquier atajo. Nadie mejor que ellos para guiarnos hacia el interior de Bizancio, un mundo tan desatendido en nuestra formación general pero con estructuras y conflictos tan comparables a los nuestros.

Susana Aguirre de Zárate

Universidad Nacional de Cuyo